

guien al que el *boom* se dejó en el tintero y que hoy, residente en España, poco a poco encuentra para su obra el justo espacio que desde hace años está llamado a ocupar. Soler Serrano parece caer en la tentación, o mejor, estar afectado de la enfermedad garcía-marquiana, por las constantes referencias a *Gabo* que se hacen en la entrevista con Rojas Herazo (hasta un facsímil de la portada de *Cien años...* es reproducido). Parece que hubiera una nostalgia o que García Márquez se proyectara como el gran ausente de la serie de *A fondo*, tanto en el espacio televisivo como en el libro. Pero centrándonos en Rojas, diremos de él que es un personaje afable y sincero, no sólo ante una entrevista. Es así en su vida diaria, en todos sus modales, como si estuviera elaborando su obra plástica y literaria a cada momento. Reconoce que el terror es el personaje central de su pintura. Desdeña la invención de que Colombia es la parte del mundo donde mejor se habla el castellano, pues esto ha obligado al país a un cancerberismo gramatical, un purismo enfermizo, nada auxiliar de la creatividad, hasta el punto que a los escritores colombianos no les interesaba tanto comunicar cosas, sino cómo las comunicaban. Rojas Herazo está en pleno descubrimiento del pueblo español y su realidad humana y cultural. Dice de éste que es un pueblo tan importante, tan viejo y significativo para todos los hispanoamericanos que al fin y al cabo son gente que proviene de acá y que ha nacido en América. No le falta razón a Rojas, cuando dice que la guerra de la independencia fue una guerra civil entre españoles criollos y peninsulares.

En la dedicatoria que Guillermo Cabrera Infante le hizo a Soler Serrano de su libro *La Habana para un infante difunto*, dice que el libro prácticamente nació en la entrevista de *A fondo*. Lo repetiría más tarde el escritor en ruedas de prensa y otro tipo de entrevistas y se queja el periodista que este aspecto haya sido poco resaltado por los medios de comunicación. Para Cabrera Infante haber venido a dicho programa significó su entrada definitiva en España pues su antigua condición de revolucionario castrista le grangeó la obvia animadversión del pasado régimen español. No obstante no tuvo dificultad alguna y sí una cordial acogida en todo sentido y desde diversos estamentos pese a estar en la presidencia Arias Navarro y en el aire la incertidumbre de la transición política. Cuando Soler Serrano le hace la primera pregunta y es acerca de su pueblo natal, Cabrera se entusiasma pues dice que le gustan las cronologías. Nacido en 1929, año del *crack* financiero mundial, se considera signado por la bancarrota y ello le convence de que nunca será rico. Nace también en un curioso espacio geográfico pues en un radio de cien kilómetros vienen al mundo tanto él como Fulgencio Batista y Fidel Castro. Casualidades que humorísticamente alterna con la conversación, en donde salta su amor por el cine que es anterior a la literatura. Su paso por la política acabó de buen modo pues la Revolución le permitió salir del país sin problemas, incluso pagándole el pasaje a él y a su familia. Una revolución que Cabrera dice se ha traicionado a sí misma.

Alejo Carpentier dice de la televisión que es como la lengua de Esopo, es decir, lo mejor y lo peor. No es que rompa lanzas en favor de la pequeña pantalla pero está de acuerdo en que es un medio como todos lo demás que hay que saber controlar para que no atosigue al espectador. Va en contra de la opinión de la *intelligentzia*, para la que la televisión es sólo buena cuando invita a uno de sus miembros. Carpentier habla de sus años de Madrid y del itinerario agradable y enriquecedor que le llevaba a la ter-

tulia de García Lorca en primer lugar, para al poco rato encontrarse con la de Valle-Inclán; más tarde le era fácil encontrarse con José Bergamín y Montesinos que salían de la revista *Cruz y Raya*. Del acento francés que le acompañó toda su vida, como un estigma, Carpentier lo explica diciendo que su padre era francés y su madre rusa; en casa se acordó que, ya que el castellano lo hablaba en la calle, dentro sólo se usaría la lengua de Víctor Hugo. Respecto a su forma de escribir, el barroco, Carpentier lo considera normal pues Hispanoamérica es un continente barroco; la desmesura geográfica en que nace un escritor de aquellas latitudes no es la misma que ve el europeo desde su infancia. Por lo que las imágenes plasmadas tienen que ser diferentes; al mismo tiempo el desarrollo de la vida se sucede de una forma barroca por lo que el escritor no es más que fiel pintor que se apropia de la realidad que le rodea para la construcción de su obra. Carpentier se vanagloria —y le cabe el derecho— de haber logrado una verdadera revolución cultural en su país, Cuba, cuando era director de la Editora Nacional en la que durante cuatro años y medio publicó 73 millones de ejemplares. En una Cuba donde antes nadie leía, el nivel de lectores se elevó a términos comparables con los países más cultos. Aquellas ediciones se inauguraron con el *Quijote*, cuya tirada inicial de 100.000 ejemplares fue distribuida gratuitamente por el Estado. Algo real maravilloso, frase con la que Carpentier define la esencial dinámica del continente americano.

El entomólogo del *boom*. El chileno José Donoso hace de zoólogo de ese fenómeno que se llamó el *boom* de la literatura latinoamericana. Mucho se ha escrito sobre esto y a cada paso se suceden nuevas teorías. La más sonada de ellas es que todo fue una campaña orquestada por un grupo de editores avisados, que en vez de hacerse la competencia, se unieron y sacaron a la luz una literatura que, por su exotismo, no sería mal producto de venta. Recuérdese que el llamado *boom* nació en Francia y el sólo hecho de que los escritores procedieran de Latinoamérica, un continente tan afrancesado, le daba a la novedad editorial el morbo suficiente para inquietar a una buena masa de lectores. José Donoso hace su análisis a partir de retratos que traza de cada uno de los escritores de este movimiento y que sitúa en escalas jerárquicas. Así, Cortázar, Fuentes, García Márquez y Vargas Llosa serían los del primer escalafón o *boom* propiamente dicho. El *protoboom* estaría formado por Borges, Rulfo, Carpentier y Lezama Lima; al grueso pertenecerían Roa Bastos, Manuel Puig, Garmendía, Viñas, Benedetti, Edwards. En el *boom* junior hallaríamos nombres como Bryce Echenique, Mujica Láinez y Emilio Pacheco. Los primeros escritos de José Donoso fueron en inglés, narraciones cortas, cuando era estudiante en la universidad de Princeton, iniciándose allí en un taller literario, extraordinaria institución por la que guarda inmenso cariño y lealtad hasta el punto que, ya como profesor, ha ido a enseñar allí. José Donoso es un enamorado de los paisajes rurales, amor que le ha llevado a comprar tres casas del siglo XVI en Calaceite, un pueblecito del bajo Teruel.

Matilde Urrutia es la única persona de esta serie de entrevistados que no es escritor. Pero lo que seguramente ha buscado Soler Serrano llamándola al programa, es algo de la presencia de Pablo Neruda, pues cuando Soler pensaba entrevistarle, ya el autor de *Residencia en la tierra* había fallecido. Como es de esperar, la conversación transcurre entre recuerdos del poeta. Recuerdos que Matilde va hilvanando tranquilamente pero en los que es perceptible la nostalgia por algo tan hermosamente vivido. Según

ella, vivir con Neruda era muy fácil pues era un hombre que destestaba la tristeza, amaba la alegría por encima de todo. Era un imperativo en su vida el estar contento y convertirlo todo en una fiesta. Neruda pasó toda su vida buscando libros. A donde fuera, y hay que ver la cantidad de países que recorrió, buscaba libros, ediciones viejas y ejemplares que únicamente podrían atraer la curiosidad del bibliófilo. Una de sus pasiones en ese sentido era el recoger libros históricos de Chile desperdigados por el mundo. Matilde Urrutia se considera afortunada por haber sido musa de uno de los grandes poetas que ha dado el idioma castellano. Parte de la estructura de *Los versos del capitán* eran cartas que Neruda le mandaba y donde había de todo: crítica literaria, poesía dedicada a ella y hasta consejos sobre la personalidad y en contra de aspectos frívolos, aunque opinaba que un poco de frivolidad no le venía mal a la condición femenina. Versos y curiosidades escritos siempre con tinta verde que era el color preferido del poeta, símbolo de la esperanza por un futuro mejor que resplandece en mucha de su poesía.

A Carlos Fuentes, como hijo de diplomáticos, le toca vivir las peripecias de sus padres allá a donde se le asignaba una misión al jefe de familia. Distintos tipos de educación por la variedad de programas le iban conformando al Fuentes niño una universalidad intelectual pero al mismo tiempo desarraigada de su propio entorno natural. Es así que, viviendo en Estados Unidos, se conoce la noticia que el presidente mexicano Lázaro Cárdenas nacionaliza el petróleo y en los círculos del joven Fuentes se crea una especie de animadversión hacia su país natal. Entonces siente la llamada de lo propio y es cuando sale a su encuentro y viaja a México para vivir de cerca su realidad. Deja de ser un gitano con frac, como ingeniosamente define la vida del diplomático. Fuentes es un convencido de la necesidad de la erudición y no como adorno sino como fuente obligada en la que hay que beber para despejar todo lo que sea nebulosas en la mente del escritor en ciernes. «Conocer la estructura, la lógica, las formas, aunque sólo sea para violarlas», máxima abierta a múltiples interpretaciones, pero que si se analiza serenamente, es el mínimo que debe cosechar quien se quiera dedicar al complejo oficio de escribir. Dice de los conquistadores que «nos robaron el oro pero nos dejaron su lengua». Y del mayor de todos ellos, de Hernán Cortés, que es el hombre más importante de México y hay que rescatarlo de la ignominia con que ha sido cubierto.

Octavio Paz acierta cuando desea sacar a la América Latina de la nebulosa que representa la determinación de Tercer Mundo. Demasiado peligrosa es semejante generalización. En el llamado Tercer Mundo caben muchos continentes, culturas y realidades sociológicas e históricas, todas ellas muy distintas, e incluso susceptibles de enfrentarse entre sí, si se estudiara con más detenimiento el tema. Iberoamérica, por historia, no pertenece a aquel conglomerado. Forma parte del mundo occidental pues su cultura es heredera de Europa —España y Portugal— aunque su situación económica la emparenta con zonas deprimidas del mundo. Pero hasta ahí las analogías. Octavio Paz sienta las pautas de lo descrito arriba con la objetividad que le confirma como el excelente ensayista que es. Paz es un escritor que sabe diferenciar muy bien entre la prosa de carácter científico como es el ensayo, y la literatura artística, poética. El Paz poeta lo es del todo, manejando los elementos que en este caso son menester, olvidándose por completo de la erudición y del racionalismo puro y seco de la reflexión ensayística. Ante las cámaras de *A fondo* prefiere de Antonio Machado su crítica y prosa a su poesía;

Unamuno le es del todo antipático, condena su desgraciada frase de «que inventen ellos» y el que quiera «salvarse con todo y zapatos»; admira a Ortega y Gasset pero no acepta de su pensamiento el gusto por el carácter jerárquico de las minorías que está lejos de lo que Paz cree, siente y quiere; Valle-Inclán es, según Octavio Paz, el inventor de la novela hispanoamericana.

La única novela escrita por Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, no fue entendida por la generación del escritor. Reconoce que tuvo problemas para escribirla y que a cierta gente aún le cuesta aceptarla. Y es que en *Pedro Páramo* hay elementos literarios que sorprenden y, se diría más, dejan perplejo al lector. Es tanta la grandiosidad, la magia, que parece mentira que tanta fuerza artística haya sido plasmada. Es como si el Apocalipsis estuviera brotando del centro de la tierra como fuente de magma. Rulfo ha dicho en otras ocasiones que antes de escribir esta obra leyó una cantidad inestimable de novelas; porque Rulfo se declaró siempre más lector que escritor. Buscaba afanosamente una obra que colmara aspectos que su apetito de lector exigía en una epopeya cumbre. Y no la encontró. Entonces es cuando decide escribir *Pedro Páramo*. Primero para darse el placer de leerla y segundo para que no faltase en ninguna biblioteca del mundo una novela sin la que la literatura se hallaba incompleta. Sueño por fin cumplido, consecuente con la opinión rulfiana de que al escritor hay que dejarle el mundo de los sueños ya que no puede tomar el mundo de la realidad.

El representante paraguayo en esta serie televisiva es prácticamente el de aquella nación en todos sus aspectos a nivel internacional. Paraguay, víctima de la dictadura olvidada por el mundo que reclama democracia en todas partes. Al mismo tiempo, la cultura del país se encuentra viviendo anestesiada, esperando salir a la luz universal, al mágico conjuro del cambio político. Mientras tanto, Augusto Roa Bastos hace de embajador de su país en todos los foros allí donde le es posible. Y son legión quienes le escuchan, y por supuesto, le leen. Roa siente la misma fascinación que Carpentier por lo real maravilloso americano pues, según dice, la realidad tiene una especie de misterio y de ambigüedad que envuelve y matiza todas las cosas, el trato de la gente, la modulación del idioma, etc. A veces todo esto es como una pesadilla, pero una pesadilla fantástica y cierta, palpable a cada paso que va de lo concreto a lo abstracto y de ahí que lo real maravilloso tenga donde materializarse. Para Roa su país aún atraviesa, sino por el síndrome, sí por el recuerdo histórico de la guerra contra la Triple Alianza que en 1865 enfrentó a Paraguay contra Argentina, Brasil y Uruguay y que dejó al país en cenizas. Desde entonces era Paraguay una potencia latinoamericana en desarrollo político, cultural y tecnológico. Después de la guerra la población se redujo en casi un 80%, consumándose así uno de los más grandes genocidios de la historia y que la misma historia ha sabido callar. Paraguay es para Roa un gran espejo luminoso que se ha roto en muchos fragmentos. Ha tratado en sus libros de reunir estos fragmentos.

Mario Vargas Llosa es el único representante peruano pero quien absorbe todo el protagonismo de los escritores de su país. Soler Serrano se extiende en la introducción de la entrevista en la imagen de Vargas y le retrata cual es, es decir, con ese aire dandy que tiene el autor de *La ciudad y los perros*. Vargas Llosa empezó su quehacer literario poniendo el final que quería a los cuentos juveniles que caían en sus manos. Después, en el ya famoso colegio Leoncio Prado, descubrió la realidad de su país pues a ese cen-